

**T**ermómetro al termómetro, esta lectura, este ejercicio de revisión que Hiraes obsequia a quien sepa acercársele, es un juego de espejos tan implacable como ingenioso. La reciente novela de Padura tiende la mano a una mirada aguda que se ha de detener en los afectos inesperados de un libro que se ha echado a volar unos meses atrás.

# Cubanidades en vilo, una lectura a *Como polvo en el viento*

POR GUSTAVO HIRALES

*Escritor, militante del comunismo mexicano y protagonista de la guerrilla en la década de los setenta, participó de manera vehemente en los partidos políticos de raíces comunistas. Ha sido servidor público, consultor, asesor. Columnista durante años de diversos medios de comunicación.*

He terminado la lectura de *Como polvo en el viento*, del cubano Leonardo Padura. No me ha decepcionado. Diría más, me ha gustado, mucho. Por varias razones. Es un fresco de la vida en Cuba (y del exilio cubano) de los últimos 20 o 30 años, sin concesiones a la corrección política ni a las consignas y fijaciones de los bandos.

Por supuesto, es una novela, una obra de ficción. Pero cualquiera que medianamente conozca el trasfondo histórico y algunas historias personales relacionadas con la isla sabe que, si bien los personajes y los hechos que les atañen pueden ser ficticios, lo que narra y describe es cierto, dolorosamente cierto para millones de cubanos.



A Padura lo conozco por sus novelas policíacas del detective Mario Conde, pero sobre todo por su monumental novela histórica *El hombre que amaba a los perros*, donde entrelaza el dramático y hasta trágico curso de varias revoluciones de nuestro tiempo (la rusa, la española, la cubana), mediante la recreación de las biografías de Trotsky y de Ramón Mercader, su asesino. Si algo le reprocho al Padura de ese libro es que no supo escribir un epílogo a la altura de la obra.

*Como polvo en el viento* se yergue sobre las historias de los personajes centrales, el Clan de los amigos de los tiempos universitarios de La Habana: Elisa Correa, Horacio, Darío y sobre todo Clara, Bernardo e Irving, el homosexual; y sus hijos: de Elisa, Adela; de Clara, Marcos el mago Mandrake y Ramsés, su hermano mayor.

El drama en sus vidas inicia con la extraña muerte del pintor Walter, aparente suicidio, y la abrupta desaparición de Elisa, la esposa embarazada de Bernardo, a quien le ha confesado que el hijo que espera no es suyo. Es la Cuba de inicios de los años noventa, cuando empieza el terrible “periodo especial”, cuando se derrumba el campo socialista y con él la “ayuda solidaria” que la URSS daba a la economía cubana.

Ya de por sí la vida cotidiana era difícil en la isla, pero el periodo especial (la decisión de la dirigencia cubana de resistir a lo numantino) la hace precaria, llena de necesidades insatisfechas y de temores por el presente y el futuro. Lo que, como apunta el autor, hace aflorar no lo mejor de la gente, sino lo peor, el cinismo, el *gandallismo*, la degradación moral.

Tras la muerte de Walter y la desaparición de Elisa, todo se precipita en un laberinto de descomposición en el que sobresalen el alcoholismo suicida de Bernardo, la traición de Horacio, la desertión de Darío (que abandona mujer e hijos para buscar su realización como cirujano en un país europeo). De repente todo el Clan se va o se está yendo al extranjero, en busca de un lugar más amigable para vivir, y sólo se quedan Clara y Bernardo, que se reencuentran con el amor mutuo y una modesta felicidad en medio de la lucha feroz por la sobrevivencia.





En la vieja casa del poblado de Fontanar crecen los hijos de Clara, Ramsés y Marcos. Pasan los años, la economía cubana mejora un poco por las medidas gubernamentales de “liberalizar” ciertas mínimas actividades comerciales y por las remesas que envían los cubanos en el exilio. Salir de la isla ya no es tan difícil, pero hay que saber cómo. Y a eso se aplican primero Ramsés, el hijo mayor de Clara, y luego Marcos, el Benjamín.

Ramsés se va a Europa, donde se casa con la hija huérfana de otra pareja de asiduos del Clan (Liuba y Fabio), y tienen un “hijo francés”. Marcos, a Miami, al sueño americano, donde de manera fortuita conoce a Adela, la hija de Elisa. ¿Por qué se van? Por muchas razones. Está la realidad de la represión, la vigilancia, el control social (los Comités de Defensa de la Revolución) y un sistema político corrupto que destruye vidas sin dar alternativas.

Alguna gente se la ingenia para sobrevivir, como Marcos, pero siempre sienten que están en la tablita, en cualquier momento pueden caer en desgracia. En un momento Marcos le dice a Adela:

Como te dije, hay un millón de gente que vive como vivía yo en Cuba, viviendo del invento... la gente de mi edad creció en una época en que no había nada y se crió sin creer en nada. Si acaso en sobrevivir. Hay de todo, en verdad, hasta comecandelas (comunistas) de la vieja escuela, pero la mayoría... la mayoría ni se acuerda de que hubo un Muro de Berlín y que los soviéticos eran nuestros hermanos. No les interesa la política y no se tragan los cuentos de los políticos de que habrá un futuro mejor, ni los oyen, y buscan eso mejor ellos mismos, como pueden.

Y así como *El Perfume* inicia con la frase de que, en aquel tiempo “Todo Parísapestaba”, así en la Cuba revolucionaria “todo el mundo robaba”.

Adela escuchaba y se descubría sin herramientas que le permitieran entender bien cómo funcionaba aquel mecanismo rudimentario y peculiar, los engranajes de una sociedad en donde lo que no era ilegal estaba prohibido, pero la gente encontraba resquicios y se podía robar (al Estado) sin considerarse un delincuente, y vivir mejor sin trabajar que trabajando. Pero a la vez (Adela) no entendía que fuese necesario organizar una red de contrabando de queso como si se tratase de cocaína.

Si nadie se va del sitio en que es feliz, a menos que se vea obligado a hacerlo, cae por su peso que los cubanos se van porque no son felices. O las razones de Darío: “su necesidad visceral de alejarse del foso tremebundo de violencia y miserias de donde había salido, avanzar, distanciarse, ir cada vez más lejos y estar más alto, siempre sin mirar atrás”. O la sombra amenazante de la vigilancia política y la delación (“no entiendo por qué vigilan a unos comemierdas como nosotros”).

El autor es un maestro para crear personajes verosímiles, complejos, con todas las luces, las sombras y los grises que nos da la realidad, la histórica y la personal. Así no es difícil creer en la fuerza de los lazos amistosos que unen a los del Clan, o la disposición a perdonar a quienes los hirieron, ofendieron o traicionaron.

Cuando la ideología se ha vuelto un cadáver y ya no soporta valores universales, lo que queda es la decencia, la integridad, el valor, la amistad, el amor. Y el crisol de la cubanidad que, independientemente de dónde vivan, abraza a los cubanos, a estos cubanos, por encima de todo. Además, Padura teje una novela de suspenso donde solo al final se resuelve el doble misterio de la muerte de Walter y la desaparición de Elisa

Si retoman como lema de batalla la canción *Dust in the wind*, no aluden sólo a una época (en la que creyeron ser felices), ni solo a lo azaroso e indeterminado de las vidas humanas, sino también al peso del destino (el viento) que de un lado para otro los va guiando, abusando de la conocida e insoportable levedad del ser. Y el ancla de todo, lo que da coherencia y sentido a la existencia, es la memoria, la nostalgia, las raíces comunes de la cubanidad.